

# DE TOMAR LA PALABRA A RECUPERARLA

Escrito por Fernando Iriarte\*

No hay ejercicio más saludable que confrontar a una persona con sus propias palabras. Si la persona se dedica a la política, el ejercicio pasa de ser saludable a ser necesario: solo los locutores dependen más de cuidar lo que dicen que los políticos. O al menos eso ocurría antes.

En el origen de la democracia, en la Grecia clásica, la participación política estaba supeditada a la toma de la palabra en el *agora*, es decir, en el equivalente actual de las calles, las plazas y las redes sociales. Dos circunstancias podían impedir *de facto* el cumplimiento de esa condición, el nulo interés del ciudadano por la política (lo que lo convertía, a ojos de la sociedad, en un *idiotes*, palabra griega de donde proviene la actual *idiota*) o la incapacidad de expresarse en público con un lenguaje claro y convincente. Formarse en la oratoria era una necesidad que hoy parece un poco extravagante. Se trataba de un

deber cívico antes que del camino para el ascenso laboral.

No es extraño entonces que la retórica, la disciplina encargada de formar a los oradores, haya gozado de tanto prestigio durante siglos, si bien con altibajos. Ya los mismos griegos fueron suspicaces frente al poder cautivador de las palabras vacías, como a veces pueden estarlo, de un real fundamento. La condena a profesores de retórica (sofistas) de parte de los filósofos es por todos conocida, así como la posterior desgracia del rey Lear, quien confió en las hijas que mejor endulzaron su oído y no en la que lo quería realmente. Sin embargo, el divorcio entre el ejercicio del poder y la palabra nunca fue definitivo, como lo muestra cualquier compilado de discursos políticos célebres: sin ciertas alocuciones públicas ("París liberada" de Charles de Gaulle, "Yo tengo un sueño" de Martin Luther King, "Fin de la 'guerra fría' y nuevo orden mundial" de

Mijaíl Gorbachov, etc.), no tendríamos cómo haber dado por concluidos los momentos estelares (y los otros) de la humanidad. No de una manera significativa y perdurable.

Llama la atención y preocupa que hoy el panorama sea tan diferente. La palabra ha sido ferozmente devaluada. Los políticos que el lunes afirman la conveniencia de A, cierran la semana apoyando con toda su energía la necesidad de no A, sin que el sonrojo o el principio de no contradicción los altere. O callan, para estar como ausentes, y vuelven después de algunos meses al espacio público como si nada hubiera sido dicho. Seleccione tres o cuatro políticos al azar y revise sus trayectorias. Las líneas rectas son excepcionales en un escenario donde los más sinuosos cambios de opinión, de bando o de ideología (es decir, de palabras) son la norma.

Para los politólogos, las palabras devaluadas en

promesas políticas baratas son un síntoma de los populismos en auge. El populismo es la enfermedad por la cual la democracia se exagera y sucumbe frente a sus propios principios: la voluntad popular salta los mecanismos institucionales que en tiempos calmos la canalizan y establece pactos erráticos y de un pragmatismo de corto plazo con el líder carismático, que se presenta como una encarnación de los deseos del pueblo y como conocedor de primera mano de las vías para su satisfacción. No es raro que la descomposición de la democracia, un sistema político que depende tanto del uso de la palabra, arrastre consigo la calidad de esta.

Ahora bien, no importa cuánto esfuerzo verbal comprometa el demagogo para encandilar a las multitudes, las palabras siempre estarán más allá de su capacidad de control. Lo afirmaba Ferdinand de Saussure: la lengua está completa en todos, nunca en alguien.

Las palabras están allí desde mucho antes y seguirán allí una vez que su usuario de turno deje de existir. Aprender a hacer política es aprender a usar palabras de otros, a ser parte de un mecanismo que parece completamente controlado por el orador, pero que en realidad obedece a una compleja mecánica de determinaciones colectivas con claros antecedentes históricos.

¿Se trata de validar la vieja frase marxista “la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”? Difícilmente. El vínculo entre los políticos actuales y la tradición es solo la muestra de un poco sutil canibalismo simbólico. Se trata, más bien, de señalar un despilfarro. Los populis-

tas siempre hablan (o twit-tean) mucho, y esa extensión es el correlato perfecto de su gran necesidad: desvanecerse en las pasiones populares que los empoderan y, al mismo tiempo, los disuelven como sujetos. **A diferencia de lo que normalmente se piensa, el populista no conduce a las masas, solo se recuesta en ellas sin mediaciones.** Esa fusión se refleja en el lenguaje: el todopoderoso líder solo puede decir lo que el pueblo quiere escuchar. Es decir, todo y nada.

El político populista no hará esfuerzo alguno por revertir esa situación. Se siente cómodo en el lugar que ocupa, aunque su rasgo distintivo sea la nulidad individual. Su voz es apenas la de un malestar colectivo. Un verdadero poder,

en un contexto como este, pasaría por articular nuevas formas de relacionarnos, ser un punto de apoyo en el imaginario colectivo que nos lleve más allá de nuestras posibilidades presentes. Para conquistar un poder de esa naturaleza, el político tiene que ser alguien, y para eso sus palabras deben ser auténticas, guiadas por la fuerza de una propuesta legítima que enfrente las pasiones populares nocivas con el fin de educarlas. En las antípodas del discurso populista está, como es nítido, el discurso docente.

Pocos peces mueren ya por la boca y los políticos que antes eran esclavos de sus palabras, ahora lo son de sus voceros y tan solo provisionalmente, porque estos se multiplican y se

reemplazan según las conveniencias, las nuevas tácticas del ajedrez mediático donde muchas veces se recomienda el silencio, la desaparición pública, para incentivar el olvido o sondear la opinión y regresar con la boca llena no de lo necesario, sino de lo agradable (muy bien delimitado por los ‘encuesteros’).

De la comunidad depende reconocer el empobrecimiento de las palabras que se vive en estos días y ser parte de un diálogo donde se controle el peso de estas: su legitimidad, su entereza. Hacerlo, más que una exquisitez, es un acto político decisivo y una de las maneras más eficaces de desactivar el populismo rampante.

**“A diferencia de lo que normalmente se piensa, el populista no conduce a las masas, solo se recuesta en ellas sin mediaciones. Esa fusión se refleja en el lenguaje: el todopoderoso líder solo puede decir lo que el pueblo quiere escuchar. Es decir, todo y nada.”**